

Las Rutas
de los
Feminismos,
Pacifismos
y Resistencias

Las rutas de los feminismos, pacifismos y resistencias

Autora:
Olga Amparo Sánchez G.

Corrección de textos:
Tania Fernández

Coordinación Editorial:
Irma Ortiz Alarcón

Con el apoyo de:
Programa Suizo para la Promoción de la Paz en Colombia - SUIPPCOL

Diseño y Diagramación:
Plumón – Cllé 70 # 9-84 Of 204 Teléfono:571-2548720 – Bogotá D.C.

Impresión:

Ruta Pacífica de las Mujeres
Coordinación Ejecutiva Nacional
rutapacifica@epm.net.co
Página web: www.rutapacifica.org.co
ISBN: 958-97562-0-4



Los feminismos y las rutas de los pacifismos y las resistencias

II Los feminismos y las rutas de los pacifismos y las resistencias

2.1.Contexto desde los feminismos



oy, como en otros momentos históricos la humanidad se pregunta. ¿Las mujeres son pacifistas por naturaleza? ¿aman la paz por ser dadoras de vida? ¿son indisociables feminismo y pacifismo?. Estos interrogantes generan diversas respuestas, algunas de ellas ligadas a las posturas y a las concepciones del feminismo.

Cualquiera que sea la respuesta, lo que se puede rastrear históricamente, aunque todavía faltan trabajos en este sentido, es que las mujeres han sido opositoras a la guerra pero también la han defendido. Han participado en movimientos pacifistas y antibélicos, y han tomado las armas para hacer la guerra. A pesar de la oposición de sectores de mujeres, en la Primera Guerra Mundial, algunas de ellas jugaron el triste papel de sometidas y admiradas. “Aceptar entrar al mundo laboral, en las fábricas de guerra europeas y americanas, supuso aceptar como lógico y bueno un estado anormal de guerra que atentaba contra el principio de la vida, contra las leyes del sentimiento que habían estado guardadas para las mujeres hasta entonces”⁷¹.

Hoy como ayer, se convoca a las mujeres para regir los destinos de las sociedades desgarradas por la guerra. Se convierten en madres de dominio público, al servicio de la patria en guerra. Sanadoras en la retaguardia, desplazadas, militares, trabajadoras, jefas de hogar. Y mujeres que deambulan por el mundo buscando un pedazo de tierra en la cual sus hijas e hijos puedan vivir en paz.



De manera casi general, las mujeres, hemos entrado en el juego perverso de la cultura patriarcal. Porque si bien, el oficio del guerrero ha sido por esencia un oficio de varones, no se puede caer en el discurso tan de moda en los actuales momentos, de considerar que por el hecho de ser mujeres, somos defensoras de la paz. Las mujeres también hemos colaborado con la guerra, y como colectivo social, estamos en mora de deconstruir los valores patriarcales que hacen de las expresiones de fuerza, símbolos de prestigio y poder. Por ello, el compromiso de las mujeres con la paz, tiene que pasar necesariamente por una reflexión del papel que hemos jugado frente a la guerra y frente al guerrero. Porque como en la antigua Grecia, seguimos coronando con laureles, la frente del vencedor, del que triunfó sobre el otro, del que tuvo mayor poder destructor.

A muchos niveles conciliamos con la guerra: hemos reclamado el dudoso honor de ser las madres del soldado, las esposas de los combatientes, las hijas de los héroes. Quizá explicándolo desde nuestra subordinación, como lo plantea Virginia Woolf, en su libro “Tres guineas”, escrito a finales de los años treinta y en vísperas de la Segunda Guerra

Mundial. Las mujeres hemos avalado la guerra, porque hemos tenido que vivir de los dividendos que ella producía a nuestros padres, hermanos y esposos. Pero a nadie mejor que a nosotras nos puede interesar la paz. En todas las guerra desde siempre, las mujeres hemos sido constituidas en botín de los combatientes.

2.2. Los pacifismos

Los planteamientos y prácticas de los pacifismos se encuentran en íntima relación con preguntas sobre la paz y la guerra. ¿Qué es la paz? es una de las discusiones ideológicas, políticas y morales que se han mantenido durante los últimos años. En principio, la

paz es la ausencia de guerra, sin embargo, está claro que esta definición se queda corta, porque puede haber ausencia de guerra pero inestabilidad social. Uno de los conceptos que se han desarrollado para llenar estos vacíos, es el de paz imperfecta; entendido como una herramienta teórica y de investigación.

Como concepto que permite reconocer, desarrollar e interrelacionar todas las formas de



construcción de paz que pueden edificar los humanos. Como herramienta de investigación permite aproximarse a la paz como un proceso perfectible en el tiempo, “con capacidad para desarrollarse de forma permanente, que se puede construir cotidianamente, que tiene un carácter procesal calificándolo como imperfecto, por lo que tiene de humano, de posibilidad y de opción, por su carácter abierto, imaginativo y deseable abre mejores y mayores posibilidades de investigación. Asimismo, al relacionar corresponsablemente el concepto que se maneja de imperfección con el de conflictividad de la especie humana permite comprender mucho mejor la condición biológica-cultural, la historia y la capacidad de la propia humanidad para construir la paz”⁷².

La concepción de la paz imperfecta se distancia de un utopismo maximalista y redentorista que podría ser potencialmente violento, pero también se distancia de un conformismo conservador que resultaría insoportable desde los valores de la justicia; lo que se busca es ir cambiando la realidad a partir del reconocimiento y el conocimiento de las limitaciones humanas y de las realidades socio políticas sin renunciar por ello a plantear el futuro.

¿Y qué es la guerra? para algunas pensadoras feministas la guerra es la expresión más grotesca de la cultura patriarcal. En la guerra se utiliza de forma despiadada y como práctica cotidiana la violencia en todas sus formas, expresiones como la violencia sexual, la tortura, el asesinato, el secuestro. La guerra no es una querrela entre individuos, sino un esfuerzo de dominación política y económica de un Estado sobre otro, o sobre un pueblo o un territorio. Pero se puede ampliar la visión de la guerra con lo planteado por Joshau S. Goldestein en su investigación Guerra y Género: “la guerra

es un fenómeno virtualmente universal. Se trata, en principio, de violencia intergrupala. Esto significa que el término incluye desde las manifestaciones más simples hasta las más sofisticadas de esa clase de violencia: si miembros de una pequeña sociedad de cazadores y recolectores organiza un grupo para matar a miembros de otra comunidad, eso es la guerra, igual que el uso de armamentos modernos... En fin, según esta definición, cierta violencia urbana organizada en pandillas constante, letal, territorial, es una forma de guerra”⁷³. Asimismo la guerra es una empresa compleja y diversa que opera en diversos contextos con diferentes objetivos, reglas, implicaciones y significados.

Las investigaciones que se han realizado sobre la guerra, coinciden en afirmar que ella tiene raíces profundas y que nadie parece discutir que haya jugado un papel fundamental en la aparición de los estados y la civilización luego de la revolución del Neolítico. No existen en la actualidad evidencias de sociedades pacifistas, a no ser de experiencias de comunidades aisladas, con muy poco contacto entre sí, que se asientan en los límites de la viabilidad ecológica y en circunstancias que vuelven impracticable la guerra⁷⁴. Estas evidencias han permitido a investigadores como Goldestein plantear la hipótesis de que existe un sistema de guerra en el cual se determinan muchas de las configuraciones del orden establecido, entre ellas las relaciones sociales y psico-afectivas entre varones y mujeres. Para Goldestien, el sistema de guerra “es el conjunto de formas interrelacionadas en que las sociedades se organizan para participar en las guerras reales y potenciales. Desde esta perspectiva, la guerra no es sólo una serie de sucesos, implica, por ejemplo, que cada estado dedique una parte de su presupuesto al gasto

militar, además que cada uno instituya fuerzas armadas permanentes”⁷⁵.

En esta perspectiva para transformar el sistema de guerra o para modificarlo en forma decisiva, se hace necesario realizar profundas transformaciones en la cultura patriarcal que mantiene y reproduce las relaciones de opresión y subordinación para las mujeres. “Y a su vez, la transformación de los roles genéricos puede depender de

cambios profundos en el sistema de la guerra, porque la socialización de niñas y niños ayuda a reproducir el sistema de guerra: la guerra tiene influencia sobre todas y cada una de las relaciones de género”⁷⁶.

Una de las prácticas políticas y sociales más significativas para transformar el sistema de guerra ha sido el pacifismo. Las doctrinas pacifistas están presentes en diversas concepciones religiosas, aunque los primeros movimientos organizados se encuentran a principios del siglo XIX, con la creación de sociedades por la paz en New York 1815, Londres 1816, París 1821 y Ginebra 1820. En 1843 se celebra en Londres el primer Congreso Internacional por la Paz.

A finales del siglo XIX el movimiento pacifista recibe un nuevo impulso al ser incorporadas las ideas pacifistas al ideario de los partidos socialistas y de las Internacionales Obreras, que preconizan la supresión del servicio militar obligatorio y el desarme. En 1892, se crea en Berna la Oficina Internacional de la paz, en la Conferencia de la Haya en 1899 aparece el Tribunal Internacional de la Haya, como instrumento de arbitraje internacional.

Después de las dos guerras mundiales, aparecen organismos destinados a salvaguardar la paz, como la Sociedad de Naciones o la ONU. El poco éxito de ambas iniciativas ha hecho que el pacifismo continúe siendo una aspiración permanente, sobre todo a partir de la Segunda Guerra



Mundial, pero su mayor desarrollo va a coincidir con la década de los sesenta, la guerra de Vietnam y la guerra fría, basada en la disuasión atómica.

El pacifismo se encuentra asociado a la noviolencia, a la objeción por conciencia y la resistencia civil pero se hace necesario establecer las diferencias desde el punto de vista de sus planteamientos y prácticas, aunque existan puntos de intersección. El pacifismo representa un rechazo total a la guerra como medio para resolver los conflictos, mientras que la noviolencia y la objeción por conciencia representan un paso más de cara a la concreción del ideal pacifista. Confundir noviolencia con pacifismo lleva a innumerables errores. La noviolencia no necesita justificación como metodología de acción, pero el pacifismo necesita establecer ponderaciones sobre los hechos que acercan o alejan de la paz, entendiendo a ésta como un estado de no beligerancia. Por ello es que el pacifismo encara temas como los del desarme haciendo de ello una prioridad de la sociedad, cuando en realidad el armamentismo es un caso de amenaza de violencia física que responde al poder instituido por una minoría que manipula al Estado.

Es necesario entender también el concepto de Antimilitarismo. Por definición es la negación de la estructura militar. Por ello, aceptar la estructura militar no es posible para un-a antimilitarista, a su vez, la estructura militar es sinónimo de ejército, es decir, organización jerárquica de seres humanos en armas y servicios vinculados a las armas. Existen algunas distinciones en relación con el antimilitarismo: Antimilitarismo (AM), Antimilitarismo Revolucionario Marxista (ARM) y Antimilitarismo Revolucionario Anarquista (ARA).

El Antimilitarismo (AM) considera realizada su tarea con la desaparición de la estructura militar. No ven como necesaria la extensión de su compromiso transformador a todo el sistema social (es la posición de ciertas agrupaciones de inspiración religiosa), plantean como prioritario el compromiso de la eliminación de la estructura militar a cualquier otro compromiso. El Antimilitarismo Revolucionario Marxista o Comunista Autoritario, considera indispensable un cambio del sistema social en sentido comunista, considerando inútil la eliminación del ejército si se mantiene la estructura económica capitalista. La propuesta marxista prevé como prioridad la conquista del poder, seguida por su consolidación - y el fortalecimiento de su brazo armado para crear aquellas condiciones estructurales que finalmente permitan objetivamente su "eliminación".

El Antimilitarismo Revolucionario Anarquista, considera la existencia del mismo Estado como una causa de la guerra y en consecuencia del fortalecimiento histórico de la estructura militar. La condición para la paz sería la anarquía. Se asocia, sin embargo, al antimilitarismo, en su compromiso con la eliminación inmediata del ejército, ya que considera que tal estructura es una amenaza permanente para la vida y la dignidad del hombre, y porque piensa que es posible debilitar El Estado y la ideología del poder debilitando en su estructura militar. Esto significa que quien de un modo u otro sostiene al ejército, en el presente o en el futuro, ciertamente no puede proclamarse antimilitarista.

Es obvio que el antimilitarista es pacifista en sentido general. Pero no es necesariamente no violento porque, por



definición, solo se rehusa al monopolio de la violencia por parte de una estructura jerárquica. En particular el Antimilitarismo Revolucionario Anarquista puede obrar coherentemente de

manera violenta, especialmente en una situación desesperada, causada por los hechos (instalación de una central nuclear) o por un tirano, que así lo exija en tanto actitud de dignidad humana.

Existen por supuesto otras explicaciones sobre el antimilitarismo, para algunos estudiosos del tema, el movimiento antimilitarista lo componen varones y mujeres que, conjuntamente, trabajan por la desmilitarización social; para ellos el militarismo es mucho más que instituciones militares concretas o personas de uniforme; se trata mas bien de una manera de ver el mundo, de entender las relaciones de las personas y de lograr el consenso y la eficacia en una sociedad⁷⁷.

El militarismo es un sistema de dominación bélica que consiste en la influencia, presencia y penetración de las diversas formas, normas, ideología y fines militares en la sociedad civil, cuya lógica está determinada por la resolución violenta de los conflictos. El militarismo no sólo es la insubordinación y desobediencia de la corporación militar a la autoridad civil o el exceso en sus funciones legales, sino también la presencia en una sociedad, la penetración en su cultura y todo lo que representa, en fin, la preparación de una sociedad para la guerra. Asimismo el militarismo no es algo protagonizado exclusivamente por militares sino que, a

menudo, los civiles prestan su apoyo o directamente dirigen políticas con enfoque militarista⁷⁸.

Sí militarismo no es solo la estructura militar sino un sistema de dominación que penetra en la sociedad de múltiples y diversas formas, un concepto clave, para entender el militarismo será el de “dominación” y no lo “militar” pues éste sólo es una forma extrema de aquel. No es necesario vivir en dictadura para hablar de militarismo, ya que una democracia tutelada, cuyos límites democratizadores estén marcados por esta lógica, es igualmente militarista, aunque, eso si, más sutil y menos chocante. Y es la dominación, como fin último, precisamente, el punto central de preocupación entre los movimientos antimilitarista y feminista⁷⁹.

2.2.1. Guerra, pacifismo, antimilitarismo y feminismo

En su investigación sobre Guerra y Género Goldstein plantea las discusiones del feminismo sobre la guerra en tres corrientes: el feminismo liberal que afirma que las mujeres son iguales que los varones en habilidades ”y que la generización de la guerra refleja la discriminación masculina en contra de las mujeres;”⁸⁰ esta corriente tiende a enmarcar las iniquidades entre mujeres y varones en la concepción clásica liberal de los derechos individuales: las mujeres tienen derechos a participar en todos los ámbitos de la sociedad, incluso en los ejércitos, sin ser discriminadas,



no considera que el ingreso de las mujeres al ejército o su participación en la guerra modifique sustancialmente el sistema de guerra⁸¹.

En el feminismo de la diferencia existen dos posiciones sobre la guerra: una que sostiene que los varones son relativamente violentos y las mujeres relativamente pacifistas. La otra, afirma que los varones son más autónomos y que las mujeres se encuentran más conectadas con las relaciones socio-afectivas, de ahí que las mujeres tengan más habilidades para asumir acciones en pro de la paz.

Algunas feministas de esta corriente expresan que la manifestaciones violentas de los varones se relacionan con su sexualidad; otras no ven en la guerra una extensión de la sexualidad masculina, sino más bien un intento por compensar la inhabilidad de los varones para procrear. Otra de las

explicaciones de esta corriente es que los varones tienden a ver su posición relativa en el grupo en términos de una jerarquía competitiva, en cambio, las mujeres tienden a ver su posición dentro del grupo en términos del apoyo mutuo⁸².

El feminismo postmoderno ve “el género en sí mismo, y los roles de género en la guerra, como fenómenos fluidos contextuales y arbitrarios. El género configura la forma en que tanto hombres como mujeres entienden las experiencias y acciones respectivas de la guerra”⁸³. Para algunas de

estas feministas, varones y mujeres desempeñan roles diversos en la guerra, algunos de ellos son claramente contradictorios.

Como puede verse no existe una “teoría feminista sobre la guerra, el pacifismo o el antimilitarismo”. Lo que hay, más bien, es una serie de reflexiones, prácticas y argumentos que aportan algunas explicaciones a veces contradictorias. En forma general se plantearán algunas de las prácticas de las mujeres y algunos de sus planteamientos en relación con el pacifismo



y el antimilitarismo.

2.2.1.1. Feminismos y guerra

En el siglo XX, especialmente en las guerras mundiales, las mujeres han hecho parte del engranaje militar, sobre todo en tareas asistenciales y burocráticas. Ellas llenaron eficientemente los espacios que dejaron los hombres que tenían que ir al frente e hicieron posible incrementar el número de efectivos en confrontación. Paralelamente a esta incorporación en masa, numerosos

grupos de mujeres lideraron campañas contra la guerra y durante varias décadas los movimientos feminista y antimilitarista caminaron juntos oponiéndose a la militarización y a la exclusión social.

En 1914, en Europa, aparece un movimiento feminista cohesionado por una reivindicación común, el voto. Pero en 1899 y en 1907, el movimiento había proclamado su adhesión a la paz y planteaban que el voto femenino contribuiría a eliminar la guerra, pero sin plantear qué actitud tomar en caso de un conflicto real. En el momento de la guerra, así como se quiebra la Internacional Obrera, se quiebra también la Internacional Femenina. En 1917 Jane Misme activista francesa del movimiento de mujeres, afirmó: “Mientras dure la guerra, las mujeres del enemigo también serán el enemigo”⁸⁴. De la misma forma que dejan sus reivindicaciones en nombre de la Unión Sagrada, las feministas de los países enfrentados por la guerra niegan sus alianzas internacionales a favor de un “nacional feminismo” que, “por un lado, exhorta a las mujeres a servir a la patria, y, por otro lado, intenta convencer a las mujeres para que se comprometan con el bando correcto; y además, se oponen a toda tentativa favorable a un arbitraje o a una paz sin vencedores y vencidos”⁸⁵. El sector del movimiento femenino que respaldó la guerra fue oponente del otro sector de mujeres que se mantuvo fiel a sus ideales pacifistas.

En el marco de estas diferencias, el feminismo ocupó un lugar en las iniciativas pacifistas, especialmente en los primeros años de la guerra. En Holanda, los países escandinavos y Estados Unidos, militantes

radicales feministas impulsaron el movimiento de mujeres a favor de la paz. En 1915, nació en Washington el Woman’s Peace Party, un año más tarde esta primera organización pacifista de mujeres tenía 25.000 integrantes provenientes de los más diversos lugares. Pretendió articular a los pacifistas norteamericano, luchó duramente contra los sentimientos guerreristas y a favor de una mediación de los países neutrales. Pero básicamente defendió la necesidad de una comunidad de mujeres contra la guerra.

Las mujeres que impulsaron la necesidad de una comunidad de mujeres contra la guerra se vincularon al Congreso Internacional por la Paz Segura, celebrado en la Haya, del 28 de abril al 1 de mayo de 1915. En él participaron 800 holandesas, 28 alemanas, 47 norteamericanas, 16 suecas, 123 noruegas, 2 canadienses, 1 italiana, 3 belgas y 3 inglesas quienes protestaron contra la guerra y discutieron, “mucho antes del los 14 Puntos de Wilson, las condiciones de una paz futura y permanente: arbitraje obligatorio, respeto por las nacionalidades, educación pacifista de los niños, y también sufragio femenino. El Congreso dejó la herencia de un Comité Internacional de las mujeres por la paz permanente y la libertad”⁸⁶. El Comité realizó una serie de actividades entre ellas la divulgación de los acuerdos del Congreso, reuniones con organizaciones de mujeres y con los estados neutrales para exigir a los países enfrentados las condiciones de paz que ellas proponían. Richard Evans, historiador del feminismo afirma que: “al radicalizar el argumento del valor civilizador del sufragio y al denunciar la guerra como empresa masculina, las pacifistas de la Haya



destacaron el estrecho vínculo existente entre sometimiento de las mujeres y triunfo del militarismo”⁸⁷.

A pesar de todos los esfuerzos de las feministas contra la guerra y a favor del pacifismo, no fue posible realizar el segundo congreso pacifista, dada la oposición de los estados y de grupos de mujeres. “Con desconfianza respecto de las otras minorías pacifistas que, en general, rechazan el vínculo feminista entre guerra y virilidad, hostigadas y censuradas por sus respectivos gobiernos— en este aspecto, los británicos son los más tolerantes— y rechazadas por las grandes organizaciones feministas, las militantes europeas no pueden movilizar poblaciones femeninas que sufran pasivamente su suerte o que participen de la exaltación patriótica dominante. Más allá de obras de caridad y de jornadas patrióticas, finalmente hubo



muchas “combatientes de retaguardia” dispuestas a desenmascarar a quienes eludían sus deberes de soldados”⁸⁸. Las mujeres socialistas que se oponían a la guerra tampoco tuvieron éxito, debido a que la gran mayoría se vinculó, siguiendo a sus partidos, a las políticas de la Unión sagrada, y porque las minorías enfrentaban grandes dificultades y no podían canalizar el descontento popular que se expresaba en las huelgas de hambre y en las movilizaciones por hambre.

Una de las prácticas más recientes a nivel internacional, de las mujeres contra la guerra es la de Mujeres de Negro, El 9 de octubre de 1991 inician la protesta pública, permanente, noviolenta contra la guerra, contra el régimen nacionalista-militarista de Serbia, contra la limpieza étnica y toda forma de discriminación.

A la fecha continúan saliendo a las calles, vestidas de negro. Llevan el negro como expresión de luto por todas las víctimas de la guerra y todas las formas de violencia. El negro es una advertencia de que la amenaza de guerra no ha desaparecido porque predominan la conciencia y la práctica militaristas. A la fecha se han organizado más de 400 protestas.

¿Por qué protesta Mujeres de Negro? protestan y realizan acción social y política por la constante preparación de guerras, de odio y violencia; por las ciudades de Vukovar, Dubrovnik, por la destrucción de ciudades y casas, por el asesinato de personas y la devastación de la naturaleza en Croacia; por la agresión contra Bosnia y Hercegovina, por el cerco de Sarajevo, la destrucción de Mostar, la masacre en Srebrenica; por el éxodo de la población civil de Krajina; por la represión y el apartheid en Kosovo; por la limpieza étnica en Kosovo, perpetrada por el régimen serbio en contra de la población albanesa en



Kosovo y por la limpieza étnica perpetrada después por los grupos armados en contra de la población serbia, turca, gitana, bosnia, etc. en Kosovo; por la amenaza de guerra contra Montenegro; por la represión continua del régimen serbio en contra de la población civil en Serbia; por la violencia y conflictos armados en el sur de Serbia. Por las guerras en el Medio Oriente y en América Latina.

Con sus protestas han intentado sensibilizar a la opinión pública por los crímenes cometidos en contra de la población civil; impulsar la conciencia de la responsabilidad por la guerra; reclamar la verdad sobre las personas desaparecidas; exigir juicios contra todos los autores, organizadores y ejecutores de los crímenes de guerra; prestar apoyo y solidaridad a los/as refugiados/as, desplazados, expulsados y a todas las víctimas de guerra; apoyar a los hombres que se niegan a ir a la guerra; promover la Objeción por Conciencia al servicio militar; reclamar la disminución de los gastos militares y policiales, la prohibición de minas antipersonales y la conversión de la industria militar; cambiar la mentalidad patriarcal; hacer visibles los vínculos y objetivos comunes con movimientos y redes internacionales pacifistas y feministas; promover los valores de la no violencia, el feminismo, el pacifismo y el antimilitarismo.

A la par de las protestas, han organizado también la educación alternativa en las calles a través de la distribución de panfletos, boletines, recogiendo firmas para varias iniciativas y preparando los 'performances'. Estas acciones se han hecho coincidir con fechas importantes para el movimiento internacional de paz y mujeres: 8 de marzo - Día internacional de acciones de solidaridad entre mujeres; 15 de marzo - Día internacional contra la brutalidad policial; 24 de mayo - Día internacional de acciones de mujeres por la paz y desarme; 28 de mayo - Día internacional de acciones por la salud de mujeres y derechos reproductivos; 9 noviembre - Día internacional de acciones contra el fascismo y antisemitismo y 10 diciembre - Día internacional de derechos humanos, entre otros.

Desde su surgimiento Mujeres de Negro ha considerado de vital importancia la solidaridad entre mujeres, para lograr este propósito ha promovido la Red internacional de solidaridad de mujeres contra la guerra (Red de Mujeres de Negro). Esta Red reúne a las mujeres de todos los países de la ex Yugoslavia, Europa, EE.UU., América Latina, Asia y África. En los encuentros de Mujeres de Negro, se divulga la solidaridad entre mujeres por encima de las fronteras, divisiones y barreras estatales, étnicas, religiosas y

raciales, impulsando la creación de coaliciones multiculturales de mujeres por la paz, la participación de mujeres en la resolución no violenta de conflictos, los vínculos entre el feminismo y el antimilitarismo.

Mujeres de Negro, en el marco de la promoción de la política alternativa de mujeres, ha participado en las conferencias internacionales ante la ONU (sesiones en Nueva York y Ginebra), Parlamento Europeo, Consejo de Europa etc. Consideran que es otra forma de cambiar el sentido, significado y contenidos de la práctica de la política. Sin embargo, la cultura de la violencia, del nacionalismo-militarismo no han desaparecido del entorno. Por esta razón continúan organizando acciones para promover los principios y valores del antimilitarismo, el feminismo y la no violencia.

2.2.1.2. Feminismo y militarismo

Cuál o cuáles son las relaciones entre militarismo y feminismo, ¿cuáles son sus puntos de encuentro y desencuentro? Investigadoras-es del militarismo coinciden en afirmar que: “La cultura patriarcal es una de las bases de la cultura militarista, porque se basa en la dominación de un sexo sobre otro, en la asignación autoritaria de un papel social que establece una desigualdad beneficiando sólo a una parte. La cultura militarista también es una de las bases de la cultura patriarcal porque la lógica amigo-enemigo, la respuesta violenta a los conflictos o la organización vertical/autoritaria son características militares que potencian y justifican en última instancia el control patriarcal de la sociedad”⁸⁹.



Como sostiene la pensadora feminista Cynthia Enloe, la militarización de las personas, hombres y mujeres, tiene dos sentidos: por un lado éstas pueden verse forzadas a comportarse de una forma determinada que permita a los militares tener más poder; por otro lado, las personas pueden introducir los valores militares como propios, otorgando una legitimidad natural a los actos militares.

Asimismo, los militares ejercen poder a través de forzar comportamientos, por ejemplo, es una constante que las mujeres en zonas en guerra sean a menudo violadas, prostituidas, asesinadas o forzadas a prestar ayuda de cualquier tipo a los ejércitos en contienda. Sus vidas y el control de sus cuerpos, sus sentimientos y pensamientos se militarizan con base en la prioridad de algún ejército o policía militarizada, cuyos funcionarios las utilizarán de acuerdo con sus nociones de “defensa” y “enemigo”. En zonas sin guerra, también se militariza la vida de las mujeres, como sucede cerca de las bases militares, o a niveles mucho más simples, cuando una mujer tiene miedo de ir a una comisaría a denunciar una violación por miedo a quedar atrapada por un hombre.

Todas estas maneras de militarizar-controlar a las mujeres, son coherentes con el sistema patriarcal y militarista por el cual la imposición del hombre sobre la mujer es una manera de afirmar el éxito guerrero del varón. En la cultura militar existen numerosas apelaciones a lo sexual como forma de dominación, desde comparaciones del pene con el fusil, entendido como arma de ataque y control; hasta vinculaciones entre la defensa de la pureza e integridad sexual de la novia o la madre y de la Patria, y por lo tanto atacar la Patria enemiga es también atacar la pureza e integridad de las mujeres del enemigo⁹⁰.

La segunda manera de militarización se refiere a la introyección de los valores y pautas de comportamiento militaristas como: solucionar los conflictos a través del ejercicio de la violencia; la identificación del conflicto con las personas y no con el hecho objetivo que lo causa; la percepción de peligro en la pluralidad y la tendencia a la homogenización, o la adopción de una organización vertical y jerarquizada basada en el principio de la obediencia debida, el orden y la disciplina. No hace falta portar armas, ni vivir al lado de una base militar ni en un país dirigido por militares. Basta con dejarse impregnar y asumir estos valores para estar en el camino de la mili-patriarcalización.

Existen valores no tan evidentes y se reflejan en algunas actitudes que reconocen la superioridad o prioridad del varón y ceden espacios ocupados por mujeres. Esto se da, por ejemplo, al entregar a varones que vienen de la guerra puestos de trabajo que ocupaban mujeres; o la preferencia de algunas mujeres por tener una pareja militar; o el orgullo de las madres cuando ven a su hijo de uniforme. Por otro lado algunas mujeres perciben que asumiendo definiciones de feminidad militarizadas pueden acceder a privilegios o simplemente a ser consideradas ciudadanas de primera clase. De esta manera, se reconoce, implícitamente, el mayor valor social de lo militar y de lo masculino conjuntamente.

Quizás la más sutil de las manifestaciones del militarismo sea tener la percepción de que una estructura como las fuerzas armadas es la única capaz de garantizar el orden último de la sociedad y la única manera de tener una vida más segura y, considerar que se necesita una mano dura que controle. En el fondo esta es la misma lógica de dependencia que el sistema patriarcal ha impuesto a las mujeres a través de sus procesos de construcción de las subjetividades femeninas, se necesita de un varón que

proteja, que ejerza la autoridad y que legitime la existencia femenina.

En las sociedades contemporáneas el patriarcado es fundamental para la transmisión y desarrollo del militarismo porque no sólo incide en las relaciones sociales sino que se encuentra presente en las relaciones interpersonales, en la escuela, en la familia, entre otras, generando espacios permanentes para el aprendizaje de la subordinación y la obediencia. El militarismo refuerza también el patriarcado cuando introduce los valores patri-militares, dándose una relación entre lo aprendido en la milicia y lo aprendido a través de los procesos patriarcales de socialización. ¿Cuáles son algunos puntos de encuentro entre valores militaristas y valores patriarcales?

Algunos de los puntos de encuentro más significativo son: en el militarismo la autoridad es ejercida por una cúpula, a la cual se le debe obediencia aún en contra de los propios valores y ética, en el patriarcado los varones son los que ejercen la autoridad y las mujeres son las que obedecen. En el militarismo existe la lógica del amigo y el enemigo, en el patriarcado el varón que domina a las mujeres. En el militarismo la solución violenta de los conflictos, en el patriarcado el uso de la violencia para controlar y dominar a las mujeres. En el militarismo se ve como un peligro la pluralidad, el patriarcado obliga a las mujeres a comportarse según patrones y roles preestablecidos. En este sentido, el primero exige uniformarse y el segundo ejerce control sobre las mujeres para que no subviertan los roles y patrones. El militarismo implica mayor efectividad militar que civil y en el patriarcado mayor valoración al trabajo realizado por los varones que al trabajo realizado por las mujeres. En el militarismo el cuerpo propio y el del otro es utilizado como objetivo militar y arma de guerra; en el patriarcado el cuerpo de las mujeres es

colonizado, controlado y utilizado como objeto sexual.

Militarización y patriarcado son mutuamente dependientes. La una alimenta al otro y viceversa, en ambos existe una misma lógica aplicada a la relación entre varones y mujeres en un caso, y a la relación entre personas en una sociedad o entre pueblos. Esta misma lógica se aplica en el control de unos sobre otros, el ejercicio del poder excluyente o la dominación como obtención de recursos o privilegios. El principio es la dominación y el control, de ahí su interrelación.

La interrelación entre militarismo y patriarcado plantea un reto a la acción política y social del feminismo: no se puede dejar de lado uno u otro o trabajar en uno a expensas del otro, es necesario trabajar sobre ambas lógicas para enfrentar un problema que parece tener multitud de tentáculos. Dejar de lado el militarismo significa permitir que se mantenga en reserva uno de los recursos más poderosos del patriarcado y viceversa.

La militarización de una sociedad deja a las mujeres con menos capacidad de controlar sus vidas, y favorece la sensación de superioridad masculina tan afecta al patriarcado. Desestructurar los fundamentos de la cultura patriarcal pasa por buscar la superación del fenómeno militar en nuestras sociedades. Este es uno de los desafíos planteados por la Ruta Pacífica y el Movimiento de Mujeres contra la Guerra.

En sociedades con ejércitos institucionalizados se siguen produciendo violaciones a los derechos humanos, y concretamente de mujeres, por ejemplo las denuncias de violaciones de civiles por parte de militares del ejército belga e italiano durante las misiones de paz de la ONU en Somalia, las denuncias oficiales de prostitución infantil en el Cuartel General

del ejército italiano en Bosnia, o el comercio sexual y violaciones en las cercanías de cualquier base militar estadounidense. Así mismo, algunas organizaciones feministas de estos países no dejan de señalar el espíritu patriarcal que destilan las corporaciones armadas de países desarrollados, señalándolos como uno de los últimos bastiones institucionales del patriarcado mantenido por ciudadanas y ciudadanos.

2.3. La noviolencia

La noviolencia generó en el siglo XX, una serie de desarrollos conceptuales y de prácticas políticas, así como de debates asociados a la paz, a la guerra, a la desobediencia civil, a la objeción de conciencia y a la resistencia civil entre otros. Uno de sus debates es que cuando se “habla de noviolencia es escribirla como una sola palabra, como ya pusieron de manifiesto los escritos del pensador social italiano Aldo Capitini en su lucha contra la dictadura fascista de Mussolini. Con ello trataba de resaltar y consolidar la

fuerza de un nuevo y específico concepto. Si bien la noviolencia sigue conservando el aspecto negativo de rechazo de la existencia y el uso de la violencia como instrumento político e incluso como institución social, así como de los desacertados servicios que de ella se hace en nuestras sociedades; también, quiere rescatar los aspectos que permitan construir socialmente la paz, así como un modelo de desarrollo atento a aquellos aspectos que podrían deshumanizarnos”⁹¹.

Los planteamientos anteriores, implican que no es, simplemente decir “no a la violencia, que podría acabar confundándose con soportar pasivamente el sufrimiento propio o ajeno de las injusticias y los abusos, sino que es una forma de tratar de superar la violencia, indagando y descubriendo medios cada vez más válidos que se opongan a las injusticias y a las iniquidades, sin tener que recurrir a los tradicionales métodos del uso de la fuerza bruta, apoyándose sobre unos principios éticos que permitan reconocer las acciones de paz y convivencia para potenciarlas y, a la par, consigan transformar el mundo en una sociedad



más digna para la humanidad. Dicho de otro modo, la no violencia no sólo debe denunciar y neutralizar todas las formas de violencia directa sino, también, todas las manifestaciones de la violencia estructural, porque con ello no sólo construye la paz mediante la justicia y la solidaridad, sino que ayuda también a prevenir futuras formas de violencia, ofreciendo asimismo argumentos y modelos de lucha (organizativas y de resistencia) a aquellas categorías sociales más marginadas y sacrificadas por los desequilibrios de poder y/o por los desajustes sistémicos⁹².

Los planteamientos de la no violencia como transformación de la inequidades y las desigualdades económicas se fundamentan en un ejercicio sistemático de toma de conciencia de los individuos y los grupos que implica organización, construcción de redes sociales y prácticas de resistencia. “No sólo se trata, desde la no violencia, de sostener luchas y denuncias contra todas las formas de abyección sino, muy especialmente, de potenciar cambios esenciales y construir proyectos sostenibles y justos de vida en común. Es, pues, un intento de construcción en positivo que renuncia a toda forma de violencia para conseguirlo”⁹³. En este sentido, la no violencia debe entenderse como un método para la acción frente a la

pasividad, al miedo o la huida, como un deber y un convencimiento entendidos como imperativos y principios de valor ético; y no sólo, en función de conveniencias, oportunidades o estrategias; y, como una exigencia de justicia, pero siempre dentro del respeto total de la persona y de la vida de los demás, renunciando a todas las formas de violencia.

El trabajo de la no violencia es una forma de ejercicio del poder de carácter integrado, pacífico, solidario y creativo que no tolera lo que resulta intolerable, que no le amedrenta llamar a las cosas por su nombre, que no le importa denunciar las injusticias, que actúa como una conciencia en alarma permanente frente a las barbaries y crueldades del mundo. La no violencia tiene como principios: recuperar la palabra y el diálogo como dones, la búsqueda de la verdad, renunciar al uso de la violencia, pensar y construir la realidad social de forma alternativa.

Las prácticas de la no violencia han intentado convertirse en una institución social legitimada, fortalecida e interiorizada que posibilite demostrar que históricamente puede ser más eficaz y culturalmente más evolucionada que la violencia para resolver o transformar conflictos⁹⁴. Su pretensión es influir en el desarrollo y en el resultado pacífico de los conflictos; por ello, pretende ser un instrumento político y social al servicio preferencialmente de los grupos y personas que han sido tradicionalmente excluidos, buscando apelar a los aspectos más positivos del ser humano y de esta manera modificar las injusticias y las sinrazones generadas por la violencia.



2.3.1. Elementos de una estrategia no violenta

- **Acción simbólica.** El simbolismo desempeña un papel importante en la definición y consolidación de una comunidad. Tiene una función triple: llamar la atención de la gente hacia una reivindicación o un agravio; constituirse en una expresión de la unidad y determinación de la resistencia; y desafiar a los no participantes para que adopten una postura respecto a la misma.
- **Acción de repudio.** Apunta a despojar al oponente de los frutos de la agresión o de un orden social, político o económico injusto.
- **Acción de zapa.** Son las actividades que tratan de abrir y explorar las divisiones existentes en el campo contrario, y de cerrarle el acceso a la colaboración de terceros.

2.4. La resistencia civil

La resistencia civil, es un método de lucha colectivo que no recurre en principio al uso de la violencia en un sentido de impunidad, unilateralidad ni destrucción de los cuerpos adversarios. Muchas veces es asociada o fundida con las formas de lucha no-violenta activa. Se sitúa dentro de ese marco más amplio—aunque no necesariamente implique que acepte una ética pacifista o no-violenta⁹⁵. La resistencia civil se fundamenta en el principio de que los gobiernos dependen de la colaboración y obediencia de la mayoría de la población, así como de la



lealtad de las Fuerzas Armadas y la Policía, sin cuestionar la inhumanidad de sus mandatos en diversas ocasiones; por tanto, en esta forma de lucha social-política, que está basada en las circunstancias reales del poder político, se trata de movilizar a la población civil y si es posible a la militar, para que retire esas formas de consenso y se vayan así socavando las fuentes de poder del adversario⁹⁶.

Para las prácticas de resistencia civil existe un aspecto clave: ¿cómo sumar cuerpos y apoyo público a la causa, cómo traducirla a un lenguaje y necesidades comunes de muchos más, cómo romper el cerco o el encierro en que muchas veces el poder pone a la resistencia? Gandhi, y muchos otros luchadores sociales, han afirmado que la resistencia civil es un largo y complejo proceso gradual, que debe plantear objetivos claros, accesibles para las mayorías, muy específicos y realistas, medibles en su resultado y graduales en su consecución. La resistencia civil, según algunos de sus impulsores no debe estar dirigida a metas abstractas, maximalistas y muy genéricas como “la lucha contra el capitalismo” o “por los derechos de los oprimidos”. Es una lucha contra algo y no por algo. Además, según Gandhi, debe estar encuadrada dentro de algún programa alternativo de construcción social, sino será sólo una “bravuconada social”⁹⁷.

“Según Gene Sharp, uno de los principales expertos en el tema de la lucha no-violenta activa, los métodos de la resistencia civil pueden dividirse en: la protesta social

(manifestaciones, huelgas de hambre, peticiones...), la persuasión y distribución de información; la no-cooperación social, económica y política (huelgas, boicot, desobediencia civil...); y la intervención no-violenta (sentadas, ocupaciones-tomas, bloqueos, creación de instituciones paralelas de gobierno...). Estas acciones van desde el terreno de la solidaridad con los que luchan hasta el de la lucha social junto a los que luchan; no necesariamente se debe ver eso como jerarquizaciones positivas o negativas sino como niveles de compromiso posible para el que actúa, que es bueno distinguir para saber dónde está el cuerpo de uno y qué debe hacer en consecuencia”⁹⁸.

Es imprescindible distinguir que existen niveles diferentes de acción, algo que no siempre es obvio a primera vista, y que “éstos pasan por una reflexión, previa explicitación pública antes de su realización para tener adhesiones y toma de conciencia de los riesgos y acerca de su valor de legalidad o legitimidad social e histórica. La conjunción de ambos aspectos, o la necesaria o forzada preeminencia de uno a veces, son fundamentales para analizar en la constitución de cualquier proceso de resistencia civil”⁹⁹.

El ensayista norteamericano Henry David Thoreau, fue el que acuñó el término desobediencia civil en su ensayo más famoso *Civil Desobediente* publicado en Mayo de 1849 bajo el título “*Resistance to Civil Government*” y posteriormente en *A Yankee in Canada*, (1866). En sus escritos, Thoreau argumentaba su decisión de no pagar impuestos al gobierno de Massachussets, como

protesta por la esclavitud de las personas de color en el sur de los Estados Unidos, así como para la guerra emprendida por su país contra México. Su defensa de la conciencia individual plasmada en este ensayo recibió poca atención hasta inicios del siglo XX, se dio una gran acogida, a los planteamientos de Thoreau por parte de los movimientos anticoloniales que se estaban en construcción, para dichos movimientos su mensaje no estaba desfasado de la realidad, pues siempre habría una ley superior a la ley civil que debería ser seguida incluso bajo riesgo de pena y condena. Encontraban, por tanto, la justificación para sustentar las políticas de resistencia pasiva del pueblo a un gobierno ilegítimo, tiránico y oligárquico, injusto o gravemente inoperante e ineficaz¹⁰⁰.

El hombre que más claramente formuló el concepto de desobediencia civil fue Mahatma Gandhi. Investigando en las fuentes del pensamiento occidental y oriental, Gandhi desarrolló la filosofía de satyagraha que ensayó por primera vez en 1906 durante su estancia en Transvaal (Sudáfrica) y más tarde en la India contra la ocupación colonial inglesa. Fundó en 1920 el movimiento civil de no cooperación, en 1930, el movimiento de desobediencia civil y finalmente en 1942 el movimiento a favor de la independencia de la India.

Inspirados en el ejemplo de Gandhi, el movimiento por los derechos civiles de la comunidad afroamericana adoptó la estrategia ghandiana para sus reivindicaciones desde 1950 a 1970, teniendo su máximo exponente en Martin Luther King.



El principio de desobediencia civil ha alcanzado un cierto reconocimiento en la legislación internacional tras los juicios de Nüremberg, al concluir la Segunda Guerra Mundial, en donde se afirmaba que bajo determinadas y especiales circunstancias un individuo podía ser excusado de incumplir las leyes de su país. La desobediencia civil, también llamada resistencia pasiva, consiste en la negación a obedecer las leyes o las directrices de un gobierno o de un agente que ejerce el poder sin empleo de la violencia. Su propósito es forzar



al gobernante y conseguir una serie de concesiones políticas requeridas por el que ejerce la desobediencia. La desobediencia civil ha sido empleada como táctica práctica y filosófica por parte de los movimientos nacionalistas africanos e indios, en los movimientos civiles por los derechos de la minoría negra en Estados Unidos y por movimientos pacifistas y de trabajadores en muchos países del mundo, convirtiéndose en un símbolo ritual de la violación de una ley, más que en la negación completa del sistema.

Las personas y grupos que utilizan esta estrategia se ven precisadas a ejercer el desacato a la autoridad o a incumplir los deberes legales para con el Estado, infringiendo deliberadamente sus leyes, movidas por principios extra legales superiores de características morales a las que se les considera por encima de las leyes de un determinado gobierno o de

un Estado. Los mayores defensores de la desobediencia civil insisten que las acciones ilegales que promueven no son violentas. Existe una gran variedad de críticos a la filosofía de la desobediencia civil y a su puesta en práctica. Desde la crítica ejercida por la filosofía radical se condena la resistencia pasiva porque acepta las estructuras existentes¹⁰¹.

Los objetivos de la desobediencia civil, pueden ser reformistas o incluso revolucionarios. Las escuelas conservadoras del pensamiento por el contrario, ven en ella y en la extensión de su práctica una tendencia clara al anarquismo en el caso de que el individuo ejerza su derecho a romper cualquier ley que considere injusta de un gobierno. Muchos activistas también están divididos en la interpretación de la desobediencia civil como una filosofía global para el cambio social o únicamente como táctica puntual que únicamente debe ser empleada cuando el movimiento

de protesta carece de otras vías para canalizar sus reivindicaciones. Desde el punto de vista práctico, la eficacia de la desobediencia civil depende siempre de la aceptación por parte del Estado de algunas de las reivindicaciones de carácter moral reclamadas por los que la ejercen.

Los métodos de la resistencia civil pueden aplicarse en las confrontaciones que se producen entre grupos de interés diferentes dentro de la sociedad. Y puede verse como un modo ante todo de “positivo” o bien “negativo” de concluir el conflicto. El primer enfoque asume que la persuasión y la conversión son los mecanismos esenciales del cambio. El segundo está más en la línea de la concepción tradicional y antagonista del conflicto, y acepta en consecuencia que la coerción puede ser necesaria a menudo. El satyagraha, pertenece al enfoque positivo. Su énfasis en el sufrimiento voluntario para tocar el alma del adversario. Uno de los obstáculos del enfoque positivo es la polarización entendida como un proceso exclusivo de los conflictos de grupos¹⁰².

Dos características importantes de la resistencia civil, son la acción colectiva, y que evita cualquier recurso sistemático a la violencia. Esto no implica que la resistencia civil exija la aceptación de una ética pacifista o no violenta, pero la diferencia como acción social de la acción de la insurrección armada, la guerra de guerrillas o la guerra convencional.

2.5. Los feminismos como formas de resistencias al patriarcado

Las prácticas sociales y políticas del feminismo pueden ser analizadas y

comprendidas como formas de lucha y de resistencia al sistema socio-sexual patriarcal. En Colombia a partir de 1970, surgen un sinnúmero de espacios de resistencia, los grupos feministas de esa época fueron el intento nuevamente, de romper el muro de la privacidad y poner en el espacio público temas como la sexualidad, la doble militancia, el aborto, la libertad para decidir sobre el cuerpo, las relaciones de poder entre hombres y mujeres. En este marco se crearon los primeros grupos de autoconciencia, espacios en los cuales las mujeres intentaban dar vida a nuevas formas de hacer política desde las mujeres, de organizarse para ganar fuerza colectiva, y hacer frente a una sociedad que aún se resiste a brindar espacios a las mujeres como ciudadanas plenas.

“La práctica política de la autoconciencia se inventó en los Estados Unidos. Las norteamericanas hablaban para ser exactas de “elevar la conciencia”. El término de autoconciencia fue acuñado por la feminista italiana Carla Lonzi. Esto es un grupo voluntariamente pequeño, no inserto en organizaciones más amplias, formado exclusivamente por mujeres que se reunían para hablar de sí mismas...pero siempre a partir de su experiencia personal”¹⁰³. La autoconciencia fue la respuesta de resistencia a las prácticas sociales y políticas excluyentes de la experiencia de las mujeres; fue una práctica profundamente subvertora en cuanto posibilitó que los “secretos”, los escritos y las palabras de las mujeres salieran del recinto privado, y se le diera dignidad política a temas como el libre ejercicio de la sexualidad y la libre opción a la maternidad.

Quizás el mayor poder subvertor de los grupos de autoconciencia radicó en que

fue el espacio para el encuentro entre mujeres, para la liberación de la palabra sin intermediarios y reinterpretaciones “ porque precisamente el problema fundamental de las mujeres es que, en vez de decir por sí mismas lo que son y lo que quieren, se lo dicen con palabras de otro”¹⁰⁴. La autoconciencia es el acto político en que se descubre y se afirma la identidad femenina.

Si bien es cierto, los grupos de autoconciencia nacieron como una respuesta política de las mujeres, esta práctica generó rechazos desde la cultura patriarcal que la analizó desde sus propios referentes, y trató de restarle su potencia subvertora sosteniendo que eran “gethos de mujeres sólo preocupadas por sus problemas existenciales”, por otro lado, la autoconciencia tenía restricciones en cuanto a poder convertirse en una práctica para todos los colectivos de mujeres, en sí misma la autoconciencia no es una estrategia de masas.

A los grupos de autoconciencia se les exigió dar respuesta a retos tales como vincular la experiencia ganada por las mujeres en estos espacios de resistencia y subversión, en prácticas políticas y sociales más globalizantes, y lograr que esta experiencia transformara la vida de otras mujeres. Por supuesto, la autoconciencia no dio estas respuestas, no las podía enfrentar y mucho menos resolver, dado que es una estrategia válida para plazos fijos, no brinda en sí misma elementos para transformar la realidad circundante. Sin embargo reconoce sus limitaciones,



no puede llevar a negar su capacidad subvertora.

En Colombia, en los años ochenta los ejes de discusión, reflexión y el diseño de propuestas al interior de los grupos y del movimiento, se centraron en temas de la vida cotidiana y del accionar político de las mujeres. Algunos de ellos: la identidad y la autoestima de las mujeres, la libre opción a la maternidad, la sexualidad, los derechos reproductivos y sexuales, la calidad de la vida de las mujeres, la organización patriarcal, la democracia, el derecho a la vida, los derechos humanos, la paz. Y comienza a ser tema de discusión, aún tímidamente, la interlocución del movimiento social de mujeres con el Estado y con instancias de la sociedad civil y de la sociedad política.

Los años noventa se inician con un amplio acumulado de luchas reivindicativas, de trabajos teóricos, de conformación de redes y procesos de interacción e interlocución

regional, de publicaciones. Todo está acumulado y las cambiantes realidades en el contexto de los procesos de globalización y reformas estatales, plantean al feminismo nuevas realidades, nuevas preguntas y nuevas estrategias. Surge con mayor fuerza el interrogante: ¿debe el feminismo interactuar, concertar y negociar con el Estado? ¿se debe participar desde el movimiento feminista en los aparatos estatales especializados sobre la mujer y el género? ¿se deben rechazar dichas instancias o colaborar o asumimos una actitud crítica y de vigilancia? ¿es viable que los Estados modifiquen el contrato social con las mujeres?

El feminismo no ha dado una sola respuesta a tales interrogantes, es más, se puede plantear que no existen acuerdos sobre estos temas. Cada espacio organizativo ha dado salidas coyunturales a dichos interrogantes. El intento más sistemático de abordar la relación con los Estados ha sido la preparación de las dos últimas Conferencias de Naciones Unidas, Cairo y Beijing. La experiencia de dichas Conferencias mostró las fortalezas y debilidades del movimiento feminista en Colombia; a su vez permitió decantar posiciones tanto en el ámbito regional como en el ámbito nacional. Proceso que estuvo como toda dinámica social y política, plagado de situaciones de tensión entre las organizaciones, sus representantes y con las agendas de otros continentes.

Además, en el país, el accionar de las mujeres en contra de la guerra y en favor de la paz ha sido amplio y diverso, abarcando creativas manifestaciones y propuestas que van desde las expresiones en contra de la guerra, las marchas por la vida, denuncias en el ámbito nacional e internacional, pasando por los espacios de diálogo y concertación, hasta la elaboración de propuestas para la construcción de la paz¹⁰⁵.

En las últimas décadas los grupos y los espacios organizativos de mujeres han dado prioridad a la situación de guerra y violencia que vive el país. En 1985 cuando la toma del Palacio de Justicia, suceso que el mundo presenció horrorizado a través de los medios de comunicación, los grupos de mujeres tuvieron una posición férrea contra la masacre que allí se dio y en uno de sus documentos de denuncia “Una derrota a la Vida”, afirmó: “En nombre de la democracia, de las instituciones, de la justicia, de la defensa de los derechos de las colombianas y colombianos, se negó el derecho inalienable: la vida de quienes desde adentro clamaban por ella y a quienes desde afuera clamábamos porque se respetara...” y continúa: “Vivimos los hechos del Palacio de Justicia, amedrentados y amedrentadas e inmovilizados e inmovilizadas por una costumbre instaurada en la vida diaria, preparación para la muerte, canto de desesperanza, que cada vez más nos impide cantarle a la vida y a la libertad”.

El movimiento feminista, como espacio de organización, de resistencia y subversión al orden patriarcal debe ser analizado y comprendido desde la construcción de individualidades e identidades femeninas que se escinden entre el cumplimiento a mandatos sociales, religiosos y familiares y la rebelión a ellos. Las individualidades e identidades que se aglutinan en estos espacios en momentos históricos diversos, son también portadoras de lo viejo que se resiste a dejar de existir y lo nuevo que pugna por tener presencia.

Estos espacios para la resignificación de las individualidades e identidades femeninas, también han estado determinados por los procesos económicos, sociales, políticos y culturales; es decir, en la sociedad se dan condiciones más o menos propicias, dependiendo del juego de fuerzas políticas

y sociales, para que las mujeres construyan espacios de resistencia para cuestionar el orden patriarcal y producir conocimiento; pero no se trata sólo de cuestionar o producir sino de construir alternativas que permitan ganar poder sobre sus vidas para transformar la cultura patriarcal.

Para continuar construyendo prácticas y espacios de resistencia es necesario partir del aquí y del ahora. Estos tiempos son estrechos y difíciles y las dificultades son evidentes. Se hace perentorio que las mujeres nos demos a la paciente tarea de inventar un nuevo juego de verdades, construyendo al mismo tiempo la visibilidad de nuevas realidades gracias a que podemos inventar nuevos discursos. Un juego de verdades que es interpretación, creación, perspectiva y voluntad de poder. Un juego de fuerzas, para aumentarla, a partir de la relación entre las mujeres, para establecer redes contractuales de deudoras-acreedoras entre las mujeres, para otorgarnos la autoridad necesaria para crecer y para realizar nuestros propios deseos y las propias acciones.

Las mujeres colombianas tenemos la responsabilidad de discutir y razonar sobre las prácticas de resistencia. Debemos hacerlo sin buscar vías rápidas, pero sobre todo sin dejarnos frenar por el temor de reconocer las formas a través de las cuales reproducimos las relaciones patriarcales entre nosotras.